

pre tuvo para mí. Recorriendo algunos viejos papeles me he encontrado con un artículo suyo que tituló: «Durand el bueno». Tenía una idea sincera y afectuosa de mí. Acaso en los últimos días pudo variar, aunque en el fondo no lo creo. Yo pienso, que esta figura egregia de nuestra literatura se irá alzando más y más y como las estrellas resplandecerá eternamente. Y el alma de los chilenos buscará su luz en la perspectiva infinita del tiempo. Y lo que el tiempo no destruye sigue viviendo gloriosamente. Augusto d'Halmar lo consiguió.

TOMAS GATICA MARTINEZ Y EL NUEVO SENTIDO DE LA CULTURA

por ANIBAL BASCUÑAN VALDES

El físico recoge en su lente las ondas de la luz y las presenta en el milagro del iris. El perfumista cosecha las flores de una colina y las macera hasta guardarlas en sus frascos de esencias. El músico oye el canto de la luz sobre montañas y mares y compendia ese himno genésico en una breve sinfonía. Pero, ¿cómo realizar el milagro de reunir los destellos de un espíritu pro-teico y presentarlo en corta síntesis?

La personalidad de Tomás Gatica Martínez fué polifacética y dar un esquema de ella es tarea azarosa. Desde su adolescencia, en la noble ciudad de Chillán, se le ve en procura de saber, en demanda de belleza, en afán de lineamientos estéticos. Funda una revista juvenil en que vuelan por la calma provinciana propios y ajenos sueños. Se convierte en activador de un movimiento literario regional. Ya aquí aparece

noble dualidad del carácter de Gatica: forjador de ambientes a la vez que creador literario. Gatica siente desde temprano que un país como el nuestro, en germinación espiritual, necesita medidas ambientales que despierten las almas dormidas y hagan vibrar las voluntades. Y es un laborioso insomne, un optimista empedernido, un soñador contumaz. Marta Brunet, Benjamín Velasco Reyes, y otros que lo vieron en sus días juveniles de Chillán, dan fe del muchacho cordial, risueño, con algo de gentilhomme versallesco, fino con las damas y generoso con todos.

Se hace un captador de almas. Atrae, divierte, levanta. Servir es su devoción y ser útil su lema. A quien entrega un libro pleno de meditación, a quien un poema en que puso sus ansias de belleza. Ayuda a los principiantes y se hace confidente de ajenas inquietudes. Tanto se ocupa de problemas de otros, que se olvida del agobio de los propios. Colecciona sus poemas moceriles en el tomo «Pensativas» y se viene gallardamente a la conquista de la capital. Llega a Santiago por el Centenario y se enfrenta a una sociedad taimada de orgullo, rígida de prejuicios. Esgrime el látigo de la sátira contra esa sociedad endurecida por el egoísmo. ¿Cómo injertar calor de humanidad, temperatura cordial, sensibilidad social, a una oligarquía de comerciantes y encomenderos enriquecidos? ¿Cómo derrumbar los bastiones del abuso y del privilegio?

Cervantes, oprimido por una monarquía absoluta y un clero omnipotente, no puede hacer ataque frontal a los males de su tiempo. Ha de mostrar al ideal y al amor encarnados en un héroe delirante, para presentar en los extravíos de un loco, los males que el propio don Miguel anhela destruir. Así el hidalgo manchego simula reír de su propia misión. Allí los verdugos son

cabreros, los caballeros son simples barberos, los gigantes que abusan de los débiles son molinos de viento. Pero en el fondo está la visión de una sociedad plagada de egoísmos e injusticias, que el genio de Cervantes pone al desnudo. La novela picaresca no se atreve tampoco a ir de frente contra la nobleza y la realeza. Al contrario, simula siempre adularlas y reír del pobre y del arribista que presumen grandezas. Pero entre líneas se lee el rencor contra una sociedad que cierra todos los caminos al humilde y llena de privilegios y medros a los cortesanos. Ya en Voltaire aparece el ataque desembozado contra la injusticia social. La novela romántica se duele del infortunio de los humildes en «Los Trabajadores del Mar», «Nuestra Señora de París», etc. La novela naturalista no reconoce vallas en el afán de sacar a la intemperie todas las deformidades del individuo y la colectividad. A nosotros Tomás Gatica nos llega en pleno dominio de la novela psicológica y social.

«Gran Mundo», «La srta. Fifí», «La Cachetona», «Los Figurones», son novelas improvisadas y ligeras, en que campean la amenidad y la sátira, la gracia y la livianura, la crítica social y la viva pintura de costumbres. El autor alcanza con estas obras entusiastas elogios dentro y fuera del país. Edwards Bello, Salvador Reyes, Luis Durand, Daniel de la Vega, Blasco Ibáñez, Eduardo Marquina, Gómez Carrillo, celebran estas producciones. Dejando el escalpelo, el autor escribe luego una novela apasionada y romántica: «El Amor de Juan Nadal». Evocación de un amor juvenil con sus tormentas de lágrimas y paraísos.

Gatica aborda también el cuento, el ensayo, la comedia y la revista. En colaboración con Armando Hinojosa da a las candilejas esa chispeante revista:

«Con Permiso de Don Juan Luis», que hace reír a Santiago con las intimidaciones de la política.

Pero nuestro personaje no se conforma con ser un escritor. Siente que su deber lo llama a otros campos. Está obligado a incorporar el arte a la vida, a sutilizar y diafanizar el organismo social, a levantar peso de ignorancia y rutina para inyectar nuevas energías y nuevos estímulos de superación. A fin de difundir el gusto por la poesía, emprende la redacción de una «Antología de Poesía Hispanoamericana». Publica un primer tomo que incluye a Chile, Perú y Uruguay. Generoso y entusiasta, es el esteta que todo lo amplifica y embellece, el artista que con los elementos recibidos hace algo más noble y grande. Antología ancha y generosa, en ella caben todos los valores, sin fanatismos de sectas o de escuelas, que en su criterio cada cual tiene el derecho de expresar su corazón a su manera.

Hay también en Gatica un hombre de acción y un organizador. Funda la Sociedad de Escritores de Chile, en compañía de otros profesionales del pensamiento, para dar categoría a los representantes del verdadero poder espiritual, conectarlos con el pueblo y hacerlos intérpretes de las grandes aspiraciones humanas. Va más lejos y proyecta una Caja de Artista, para dar a los creadores de belleza, los grandes y postergados benefactores de la sociedad, las garantías inherentes a todo oficio.

El escritor ha llegado a su hora cenital, a la plena madurez de su talento y a la máxima radiación de su bondad. Para hacer disfrutar al país de todos los bienes de la cultura, se propone crear en el Estado un órgano de divulgación de las artes y las letras. Para dar comienzo a esta labor cicolópea, logra la creación en el

año 1932 de la Sección Sociológica y Cultural en el Ministerio del Trabajo. Joaquín Edwards Bello, Pablo Neruda, René Hurtado Borne, Antonio Acevedo Hernández, Fernando Santiván, Carlos Casassus, Francisco Lira, son sus colaboradores. Y comienza una serie de conciertos, festivales, conferencias en centros sociales y sindicatos obreros. Parece que la divisa de Wilde, «del arte debemos estar hablando siempre, porque sin eso no existiría», es el lema de estos caballeros del ideal. Se dispersan por el país. Llevan a todos los ámbitos de la nacionalidad la poesía, el ensayo, la música, el canto, los cuadros, las comedias. Encuentran resistencia, en los que piensan que el arte es un lujo inútil y que el pueblo puede vivir sin él, porque ellos mismos no tienen abierto el espíritu a los horizontes de la belleza y son seres estagnados, sin posibilidad evolutiva, la que se manifiesta precisamente por la tendencia a lo bello. Pero Tomás Gatica no desmaya. Sabe que es indispensable incorporar arte a la vida; que las sociedades bien disciplinadas, cultas, laboriosas, tienen un acervo espiritual hecho sangre, médula y costumbre.

Gatica y los suyos saben que la música desarruga los ceños adustos, abre los ángulos faciales, convierte el alarido en sonrisa y la aversión en ternura. Sabe que la poesía es alquimia que transmuta los caracteres, humaniza y ennoblece las almas. Que la ignorancia es la causa de todos los miedos y los males y que el saber teje claridades de esperanza sobre las sombras del error.

Luego la Sección Cultural se fusiona con la Dirección del Teatro Nacional, y más tarde, con la agregación del Departamento de Turismo, de la Administración del San Cristóbal, de la Administración del De-

recho de Autor, de la Defensa de la Raza y otros servicios, se forma la Dirección General de Informaciones y Cultura. La autoridad y el ciudadano están convencidos de que no se puede dejar abandonado a su suerte al pueblo en materia cultural. Que no basta con la función educadora en los planteles de enseñanza, pues la influencia del arte y la educación deben acompañar al individuo por toda la vida, para lograr influencia decisiva en la tónica vital y la índole de un país.

Se ha creado así un gran servicio del Estado, destinado a levantar por muy distintos medios la vida intelectual y el sentido estético del pueblo. Pero la base de todo este organismo la dió Gatica con su Sección Cultural del Ministerio del Trabajo. Su obra está en pleno florecimiento y recibe el aporte de muchas voluntades. Sin embargo, su presencia en el gran organismo es efímera. Los vaivenes de la política lo desplazan del Servicio que tanto le debe. Desvinculado de sus compañeros de trabajo, errante y sin ambiente para sus actividades, encuentra acogida cálida en el Ministro de Educación, don Benjamín Claro Velasco. Allí comienza un trabajo de hondo interés. El Círculo de Amigos de la Cultura Árabe lo recibe con todos los honores y da en su seno una serie de disertaciones sobre la evolución de la mujer chilena. Son cuadros magníficos de la sociedad y la vida nacional, desde la somnolencia de la Colonia hasta su liberación de hoy. Tomás Gatica se revela un fino psicólogo, un fino captador de ambientes, un crítico de visión panorámica que reconstituye el pasado y observa las etapas de las transformaciones sociales.

Precisamente el día que iba a dar una de sus conferencias en el Salón de Honor, el espíritu y la palabra,

el gesto y la emoción de Tomás Gatica Martínez se encontraban faltos de una presencia sensible. El propulsor de la Difusión Cultural Popular murió, pues en plena labor.

No somos los jueces de los afanes literarios de este hombre proteico, que tal vez por darse a muchas iniciativas nobles, por dignificar la vida del escritor y el artista y llevar los bienes de la cultura a la masa social, no se aisló en esa soledad en que se pulen las obras maestras. Siguen en pie sus creaciones. Sus anhelos de bien para sus semejantes han fructificado. La Dirección General de Informaciones y Cultura fué el primer organismo integral enfocado a la cultura popular. Luego estas reparticiones han pasado a la Universidad de Chile, donde toda una rama de la más alta institución espiritual del país, la Extensión Universitaria, con su Teatro Experimental, sus orquestas, sus Escuelas de Temporadas, sus servicios de cine y radio y sus jiras que abarcan a todo el país, deben un primer aliento y una simiente fecunda a la modesta Sección Sociológica y Cultural, que Tomás Gatica y un puñado de visionarios instalaron el año 1932 en un subterráneo del Ministerio del Trabajo, en cuyas paredes se escuchaba el rumor de las turbias aguas del Mapocho.